

Héctor Abad Faciolince, Angosta,

Héctor Abad Faciolince, Angosta,

Bogotá, Editorial Planeta, 2003, 374 págs.

Partiendo de la hipótesis de que todo comportamiento humano es un intento de dar una respuesta significativa a una situación particular, la obra literaria tiene manifestaciones axiológicas de tipo cultural, histórico y social de manera no-consciente que se presentan con un máximo de coherencia y sin ambigüedades. Cuando abordamos una novela estamos frente a una visión de mundo plasmada por un individuo lúcido que representa una conciencia colectiva de un grupo o una clase social. La novela *Angosta*¹ del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince encaja perfectamente en esta perspectiva estética como forma de evaluación del mundo. Aquí nos encontramos con un "yo" casi biográfico que se vierte en el texto lo cual permite una identificación del horizonte ideológico subyacente en el punto de vista de sus personajes.

Héctor Abad Faciolince nace en Medellín en el año de 1958 y su vida literaria se encuentra definida en tres etapas: la primera etapa corresponde a su adolescencia y sus principales marcas de la literatura, que se evidencian en los artículos escritos para diferentes revistas, cuando rememora ese pasado idílico de infancia y adolescencia cuya influencia literaria del padre fue definitiva para su destino literario. Indudablemente, su paso por el colegio Los Alcázares y la Universidad Bolivariana van a sellar definitivamente su obra con una crítica social mordaz contra todo estamento de poder y en especial hacia las actitudes hipócritas de la iglesia.

Una segunda etapa, sin lugar a dudas es la muerte de su padre, Héctor Abad Gómez, profesor de la Universidad de Antioquia y defensor de los derechos humanos, a manos de los paramilitares en el año de 1987. El crimen del padre, el motor que impulsó el alma de su vida, va a generar un rencor por un país que masacra a su mejor gente.

Cuando leí la Carta al padre de Kafka, algunos años después, pensé que yo podría escribir esa misma carta, pero al revés, con puros antónimos y situaciones opuestas. Yo no le tenía miedo a mi papá, sino confianza; él no era déspota, sino tolerante conmigo; no me hacía sentir débil, sino fuerte; no me creía tonto, sino brillante. Nunca leyó un libro mío, ni siquiera un cuento, pero él sabía mi secreto y a todo el mundo le decía que yo era escritor. ¿Cuántas personas podrán decir que tuvieron el padre que quisieran tener si volvieran a nacer? Yo lo podría decir².

Héctor Abad Faciolince tiene que exiliarse en Italia y las condiciones en que llega a ese país son deplorables. Para el autor el hecho de ser colombiano en Colombia se convierte en un riesgo casi suicida, pero ser colombiano fuera de Colombia implica una dificultad tan grande que muchas veces tiene que fingir ser otra cosa para poder sobrevivir. Ser colombiano es algo tan notorio en el extranjero que implica llevar una marca como una cicatriz en la cara y que evoca tantas cosas horribles de un país.

Ser colombiano fuera de Colombia puede ser una maldición por qué hasta a quienes nos da lo mismo ser colombianos que del Perú, de Italia, de Kenia o de Mongolia, no recuerdan que lo somos, nos lo refriegan en la cara, nos lo señalan como si fuera una marca de identidad, no sólo indeleble sino también maligna y quizás contagiosa³.

El rencor por esa sociedad que le ha quitado un ser querido de su vida, adquiere un sentido lúcido a través de la escritura y más concretamente en la novela, pero lo hace de una manera muy indirecta, sin mostrar de plano todo el odio que lleva, sino definiendo un personaje disoluto que se burla del mundo y hasta de sí mismo. Podríamos decir que aquí se inicia una tercera etapa en la cual el personaje empieza a tomar conciencia de lo que puede ser una verdadera crítica social a un país que se desmorona pero que de ninguna manera acepta su condición. Cuando regresa a Colombia tiene ya definitivamente el veneno de la literatura asentado en sus venas.

El autor plantea una obsesión intelectual: objetivar y criticar la realidad violenta del país: "Algunos optan por 'irse', otros tenemos además (y medio moribundo) el compromiso personal o mejor la tozuda ilusión de que este lote de terreno que llamábamos patria podría ser un potrero menos bárbaro y menos indigno si nosotros también lucháramos por ese fin"⁴. Su obra se opone radicalmente a la violencia, es una crítica contundente no desde la perspectiva del escritor vengativo, a pesar de originarse en una situación agónica del autor, sino que pone el dedo índice sobre la llaga, señala



¹ Héctor Abad Faciolince, *Angosta*, Bogotá, editorial Planeta, 2003.

² Héctor Abad Faciolince, "Mi papá y yo. Cinco recuerdos" en Revista SOHO, Bogotá, junio de 2004.

³ Héctor Abad Faciolince, "Un camino equivocado" en *El Malpensante*, Bogotá, número 6, septiembre-octubre de 1997.

⁴ Héctor Abad Faciolince, *palabras sueltas*, Bogotá, Seix Barral, 2002, pág. 140.

los culpables de que hoy no exista patria y el individuo renuncie a sus ideales. Las palabras tienen el efecto de juzgar la realidad de forma coherente. Su fórmula se basa en el arte de la eficacia verbal para expresar una opinión que busca un fin estoico, persuasivo y activo. La retórica no consiste, en estrategias para engañar a los otros, es la posibilidad de sacar adelante lo que creemos mejor; más conveniente, más hermoso. Estas adoloridas tierras del mundo, no serían tan adoloridas si las supiéramos apreciar más y defender mejor; ser sensibles a la infamia.

Ahora bien, **Angosta** se presenta como una novela desde todo punto de vista alegórica. "La forma alegórica se convierte en una forma inmaterial que representa a un mero fantasma que no tiene ni forma ni substancia"⁵. El contraste moral entre el mundo y el héroe se resume en un conflicto dentro de la novela que se resuelve en un triunfo de la ética y la lucidez de los valores asociados a una prioridad alegórica. Constantemente en la novela se presenta una alegoría a las obras clásicas, a los hechos del mundo actual, a través de los nombres de los personajes, de los lugares, con una intencionalidad directa de mostrar una realidad, pero guardando la distancia que sólo la alegoría permite.

Angosta es una ciudad ubicada en la zona tórrida de ese país llamado Colombia. La divide un valle que surca el río Turbio, llamado así por su **indole indeciso y traicionero**. Este río desemboca en un salto de agua que va a perderse en el fondo de una caverna siguiendo su curso por vía subterránea. La cascada se denomina **El Salto de los Desesperados** y a la base del salto se le conoce como la **Boca del Infierno**.

La ciudad tiene una meseta con un clima frío llamada **Paradiso** donde viven las personas que mantienen el poder político y económico, denominados **dones**. Luego viene una región intermedia denominada **Tierra Templada** y que se encuentra en el valle estrecho del río turbio; los habitantes de aquel lugar se les denominan **segundones**. En la base del **Salto de los Desesperados**, está **Tierra Caliente** con un calor infernal se asienta una gran cantidad de gente marginada en las peores condiciones de miseria y se les denominan **tercerones**. "Salvo el clima, que es perfecto, todo en Angosta está mal"⁶. De inicio se presenta un tipo de realismo crítico que va a ser un aspecto fundamental dentro de toda la obra de Héctor Abad Faciolince, objetivando esa realidad desde su misma sensibilidad de escritor lo que permiten realizar un diagnóstico de la enfermedad crónica que vive el país y del cual es imposible extirpar.

Los personajes que se presenta dentro de la novela permiten apreciar una axiología fuerte frente al mundo que lo rodea. Todos nos remiten a una realidad actual bien sea porque plasman diferentes estratos sociales y prototipos de personas en la sociedad colombiana, o porque juegan con nombres de personas allegadas al autor que de una u otra manera definen entorno cotidiano. La simbología con que se trata cada uno de ellos refleja un sistema de valores que da cuenta de una sociedad diversa, transgresora y violenta en la que estamos inmersos todos los colombianos. Su intención es política evidentemente y pretende denunciar; o mejor, ser franco frente a lo que la mayoría del mundo se niega a mirar y aceptar, su propia realidad.

Por un lado está Andrés Zuleta, un escéptico que no raya con lo cínico como sucede con el otro personaje principal, Jacobo Lince, sino que a veces tiene matices dramáticos y hasta desesperanzadores debido a su lucidez, mas nunca se convierte en un personaje trágico a pesar de que su muerte sucede al parecer por defender una causa noble; él jamás va a estar defendiendo unos ideales que están contra el mundo, y lo absurdo de esa siniestra muerte lo convierte no en un héroe sino en una víctima de la ciudad y del mundo moderno. Este héroe no puede vivir en el mundo no tanto por lo que piensa sino por la manera en que es como ser humano. Su espíritu angelical e inocente necesariamente tiene que sucumbir frente a la violencia atroz del mundo moderno.

Jacobo Lince es millonario, inteligente y lúcido, puede tener cualquier mujer gracias a sus dotes de conquistador; pero sin embargo no puede aspirar a que las dos mujeres protagonistas lo quieran tan sinceramente como quisieron a Andrés, pues el espíritu del joven es más puro, un verdadero héroe novelesco capaz de entender y afrontar claramente el mundo aunque le cueste la vida. Jacobo es un individuo problemático que ha alcanzado una madurez viril y es capaz de afrontar todo el mundo y mantener cierta esperanza que le lleva a aceptar su condición de individuo genial capaz de llegar a lo impensable, es decir al amor por una mujer. No puede vivir en este mundo, por lo menos en Angosta, pero mantienen a la mujer de la cual está enamorado y al huir de este infierno donde permanecen vínculos inquebrantables como el de su hija, mantiene cierta esperanza de poder recuperar ese mundo, esos seres que deja atrás, pero que de alguna otra manera siempre estarán ahí para acceder a ellos. Jacobo, al contrario de Andrés, detenta un poder propio del mundo moderno: su fortuna económica. Esto le da la posibilidad de vivir y afrontar una realidad de forma

⁵ Paul de Man, *Visión y ceguera*, Puerto Rico, editorial de la universidad de Puerto Rico, 1991, pág. 212.

⁶ Hector Abad Faciolince, *Angosta*, Bogotá, editorial Planeta, 2003.

más tranquila, o por lo menos poder escapar del mundo con mayor facilidad. La lucidez del Jacobo contrasta con la debilidad que presenta su alma al enfrentarse a la realidad del mundo.

Encontramos un tercer personaje que viene a mediar entre estos dos héroes. Virginia Buendía (Candela) nacida en Macondo y cuya familia conserva un pescadito de oro, se convierte en una guía sutil pero a la vez inocente y pura del mundo; es capaz de salvar a Andrés y Jacobo, no sólo de las garras del infierno, sino de las garras de ése sin sabor escéptico de la vida. Es virginal pero mantiene un fuego interno en todo lo que hace y dice, sin embargo no encontramos una contemplación filosófica que pueda definir quién es de verdad esta mujer. Es sólo un pretexto para desarrollar el espíritu novelesco de los otros dos personajes y poder definir la axiología de estos. Candela no es una mujer como todas las demás, no representa ese objeto sexual al cual está acostumbrado Jacobo a seducir de una manera casi peligrosa y llevada al límite.

Por otro lado, Camila y Beatriz son personajes que corroboran la postura frente al mundo de nuestros héroes, pero no se convierten en elemento de salvación. Por el contrario, Camila condena a Andrés a la muerte, lo lleva a lo prohibido sin que éste pueda entender lo que sucede, y sin que ella tan siquiera pueda asumir de manera coherente los riesgos de transgredir el mundo. La belleza de ese mundo es falsa, y Beatriz desmitifica a esa veleidad salvadora del poeta italiano, convirtiéndola en una niña bonita de clase alta, hija de un político corrupto que sólo piensa en viajar al extranjero, una mujer hermosa pero sintética. Al contrario, Virginia posee una inteligencia que no viene de una disciplina intelectual como el mismo Virgilio en la *Comedia*, sino por su experiencia realista de haber vivido mucho a pesar de su corta edad. Su belleza radica, no en su físico sino en su genialidad, pues tiene visión más clara de las condiciones en que se hacen imposible la convivencia en ese espacio social que es *Angosta*. Hay un anhelo de libertad a pesar de querer quedarse en lo que le es familiar pero la guerra y violencia sólo exige una solución a cambio de la muerte, el marcharse.

En *Angosta* todo pensamiento disidente debe ser silenciado, los medios de comunicación deben renunciar a la verdad y las políticas de separación resguardan el estatus de los poderosos. El que no esté de acuerdo se somete a una solución: caer por el *Salto de los desesperados* y desaparecer para siempre. No se puede luchar contra las fuerzas más poderosas, lo que genera un escepticismo en el mismo autor: "Mientras la realidad sigue siendo esta lacra, esta terrible herida histórica, lo constructivo no es inventar una fábula rosa, ni hacer un falso encomio del terruño sino seguir reflejando la vida" (*Angosta*, 308).

El narrar es un comportamiento característico del hombre y se fundamenta casi siempre sobre un pasado imperfecto que en la novela no tienen propiamente significación temporal sino más bien espacial alejando a lector de lo que se puede mirar: "Decía que los seres humanos somos muy raros. Que a todo el mundo le importaba más su propio dolor de muelas que la muerte de 100.000 personas, por hambre, en África o en Corea del norte. Era más doloroso la muerte del propio perro faldero que la masacre de 100 niños en Liberia o en Uganda". (*Angosta*, 227). Esta postura realista crea la conciencia de inmediatez del presente, anula el pasado y futuro. El lenguaje sencillo permite hacer recordar cosas obvias, que la gente va olvidando, como por ejemplo pensar: El tiempo narrado es de una especie diferente al tiempo vivido y no se puede encontrar una relación entre lo narrado y lo comentado. Ese pasado imperfecto marca constantemente la trayectoria temporal en toda la novela, incluso en las notas de pie de página que acompaña la narración.

Desde la primera línea de la novela aparece una nota a pie de página que va a ser un complemento, a veces de digresión o de comentario que bifurca momentáneamente al texto. Las notas ficcionales, bajo el disfraz de una simulación más o menos satírica van a caracterizar ciertas cualidades de los personajes.

En la mitad de la novela, Jacobo, quien tiene como costumbre comprar bibliotecas de solitarios lectores ya muertos, visita la casa de un famoso crítico literario, quien al morir ha dejado una buena cantidad de libros. Junto con Quiroz y Jursich realizan un escrutinio de libros, a la manera del Quijote, y se hace una buena crítica a la literatura de *Angosta*. Allí está toda la literatura colombiana y la crítica que realiza es implacable.

Tres espacios definen a los personajes en la novela. Por un lado encontramos la ciudad, que es el mismo mundo, significativa desde todo punto de vista. Por otra parte está el hotel *La comedia*, donde habitan los dos protagonistas y que representa una alegoría a la *Divina Comedia* con la simbología de los nueve círculos que rodean aquel infierno, pero a diferencia de la ciudad donde los más favorecidos viven en la parte más alta, aquí están en el noveno piso los

condenados. Sin lugar a dudas este se convierte en un verdadero cronotopo pues allí no sólo encontramos un espacio en el que suceden unos hechos, sino que todo lo acaecido se convierte en significativo para la novela desde punto de vista escéptico y hasta desesperanzador. Finalmente está la librería La Cuña, que queda en medio de una funeraria y un consultorio cardiológico.

Ahora bien, la ciudad es el mundo donde se aglutinan todas las ideologías, los problemas y en general toda la realidad de una sociedad violenta como la colombiana. La ciudad actúa en perjuicio del individuo en tanto no provee las condiciones que propicien el desarrollo integral del ser. La ciudad se convierte en una coincidencia espacial y temporal de una masa que se congrega en un marco geográfico reducido. Un mundo heterogéneo que busca coexistir, pero que en el caso de Angosta trata de segregar o delimitar los espacios para evadir los problemas que acarrea la misma inequidad social, una ideología elaborada en respuesta a un problema real, de una necesidad de no resignarse a aceptar la diferenciación social que garantiza la comodidad de unos cuantos mientras somete a una gran mayoría (sociedad escindida). La sociedad contemporánea en que viven Jacobo y Andrés, se convierte en un campo de lucha para buscar una auténtica reforma que otorgue beneficios equitativamente. Pero de una manera cruda y sarcástica niega la posibilidad de que en esa ciudad, en ese mundo, cualquier individuo que se sitúe por encima de lo establecido en las normas pueda generar un cambio, condenándolo a la muerte como a la marginalidad y el exilio.

Finalmente, uno de los elementos que condensan más fuertemente la crítica social se refiere a la introducción de la figura de "los siete sabios", cuyas reuniones en uno de los grandes edificios del sector F, remiten no sólo al texto de Chesterton, *El hombre que fue el jueves*, sino a la misma Medellín de los años 80 y 90, cuando los grandes narcotraficantes se reunían en un lugar para decidir la suerte de su sociedad. Se pretende conseguir y mantener el poder, y esta logia esta encargada de mantener los privilegios de una clase dominante y atacar el terrorismo que trata de atacarlos.

La novela *Angosta* también presenta un mundo degradado y sin sentido pero sus personajes no se entierran con la sociedad, por el contrario buscan una esperanza que les permita sobrevivir a esa tragedia de un país nefasto. El héroe no se entierra o desaparece, aunque la muerte puede llegar a aquel que trate de subvertirlo, pero siempre queda una esperanza, la huida del mundo, pero también esta el amor de Jacobo Lince que puede suplir aquello que parece irreparable, una sociedad que se resquebraja, que estalla en mil pedazos, pero que en algún momento, en alguna otra época podrá salvarse.

La denuncia radical de una sociedad secularizada está sujeta a las condiciones de miseria, comodidad y opulencia polarizando aun más ese mundo transgredido por la modernización. La soledad de Jacobo Lince tiene cura. La diferencia entre ese solitario que abre un atlas para complacerse con una lectura simple y ese hombre que vuelve a abrirlo en el avión es grandísima. Nuestro héroe novelesco ha adquirido una madurez viril, pero sobre todo, ya no está solo, tiene a su lado a la mujer que ama, así ella no comparta ese amor. Lo importante es que queda en él algún resquicio del mundo una oportunidad para vivir y luchar por un ideal, de una u otra manera, así en Angosta ya no se pueda.

Luis Fernando Pérez Cuestas

Crafia